

Prólogo: Triste, solitario y final

Las contradicciones, las ambivalencias, las ambigüedades, son la base de la novela negra. Abundan ejemplos. Contradicciones entre los derechos fundamentales que marca la Constitución y la realidad, el día a día, empeñados en llevar la contraria. Entre las versiones oficiales que venden los medios de comunicación y los gabinetes de prensa y las versiones particulares que pueden aportar cada uno de los implicados en cualquier suceso... Y también algunas veces, como en *Inspector Solo*, aparecen personajes contradictorios, surcados por más sombras que luces. No podemos separar la vista de la página, atraídos por él no podemos soltar la novela, aunque ni por lo más sagrado le invitaríamos a tomar café. La novela negra siempre ha animado cierta fascinación hacia personajes éticamente condenables. Puede que el inspector Solo no sea el peor pero, sin duda, sí es uno de los más torturados.

El inspector Solo es tremendamente contradictorio. Es un policía de métodos expeditivos que, a la vez, en cierta manera, vive contenido, reprimiendo sus emociones para no crear lazos afectivos. La incomodidad que genera el personaje, aislado de todo y de todos hace que, de forma paradójica y contradictoria, nos atraiga como la miel. Hace que desde la distancia que da la lectura, no queramos separarnos de él.

Como en las mejores novelas del género, el suspense aparece con fuerza en las primeras líneas y nos mantiene en vilo hasta las páginas finales. Una noche cualquiera, cuando Marcial ha bebido más de la cuenta, avanzada la madrugada, va a ver a su prostituta favorita. Al día siguiente aparece asesinada. ¿La ha matado él? ¿Lo ha hecho con sus propias manos? No sabe responder. Pero además hay algún sospechoso entre la

burguesía local: un poderoso empresario. El desvelamiento de las diferentes verdades —y también de algunas omisiones y engaños— no solo nos llevará al desenlace. También será para Marcial, el inspector Solo, la ocasión de recomponer e integrar sus perfiles, determinadas percepciones y recuerdos. Esta peculiaridad del investigador aporta a la novela una muy interesante profundidad psicológica, tratada por el autor con especial precisión.

David Jiménez, autor de *Inspector Solo*, es además de escritor, Policía de Aduanas. Conociendo sobradamente bien el procedimiento policial, lo plasma de manera fluida y comprensible, pero elude con inteligencia un exceso de documentación o especialización, haciendo que los personajes y lo que les sucede sean lo central de su novela, sin desplazarlos en favor de jergas científicas o alardes técnicos.

Profundizando con habilidad y sin compasión en esas contradicciones que padecen todos sus personajes, en especial Solo, David Jiménez consigue que *Inspector Solo* sea una novela sorprendente y a la vez completamente verosímil. No se puede pedir más a una buena novela negra: capacidad de convicción, tensión narrativa, un personaje inusual y un paseo peligroso por sus contradicciones y zonas de sombra.

por David G. Panadero,
director de la colección Off Versátil

1. Muero de amor

«Estaba cansado de follársela, sin embargo,
se moría de ganas de hacerle el amor».

Apuró la cerveza y levantó la mano para que la joven camarera de sinuosas curvas acudiera a su mesa otra vez. Escrutó con ojos vidriosos de lascivia su contoneo. Estaba convencido de que esa furcia disfrutaba viendo como las miradas de los clientes, que a esa hora de la madrugada abarrotaban el bar, se deslizaban por su cuerpo presos de unos deseos indecorosos y con visos de poca prosperidad.

—Otra —dijo, mientras elevaba su botellín.

La muchacha miró al extremo más distante de la mesa donde, sin duda, aquel hombre de mirada autoritaria había dispuesto las botellas vacías con la intención de obligarla a estirarse para recogerlas, y poder disfrutar así, durante unos efímeros segundos, de una visión privilegiada de sus voluptuosos pechos que, atrapados en un minúsculo top blanco y bajo el influjo de los destellos de luz discotequera del garito, se convertían en una fuente de premeditada distracción para los clientes.

La cabeza había comenzado a darle vueltas cuando la chica adornó su mesa con un nuevo tercio. Esta vez no dedicó ni un segundo a su cuerpo. Bebió un largo trago del botellín y puso rumbo al cuarto de baño. Tuvo que esperar más de lo que su paciencia estimaba preceptivo para poder entrar y, cuando lo hizo, un mar de orín bañó sus zapatos italianos.

—¡Mierda!

Se colocó frente al espejo del lavabo y sacó la cartera de piel del bolsillo. Deslizó sobre ella un poco de polvo blanco y lo alineó a lo largo de toda su superficie, con ayuda de la tarjeta de crédito. Finalmente, con un billete de cincuenta euros a

modo de canuto, realizó una profunda inspiración que encauzó toda la coca hasta embestir directamente contra su masa gris. Meó y regresó a su mesa. La noche no había hecho más que comenzar.

Supo que estaba borracho cuando golpeó el botellín con la yema de sus dedos al intentar alcanzarlo. El tercio perdió el equilibrio y el líquido amarillento se esparció por toda la superficie de la mesa hasta alcanzar el borde y precipitarse, gota a gota, contra un suelo roñoso y sediento. Marcial permaneció absorto. Era como si todo ocurriese a cámara lenta y pudiese observarse desde una perspectiva lejana; como si su cuerpo permaneciese aparcado sobre la silla mientras él, puesto en pie, observaba todo el proceso que había desencadenado su torpeza. Nadie pareció percatarse del incidente: la música, ensordecidora hasta niveles manifiestamente ilegales, camuflaba cualquier sonido que fuese más allá de las voces más comerciales del panorama musical actual. Marcial se levantó y, tambaleándose, buscó la salida. Tras unos minutos que se le hicieron interminables, y después de haber vadeado la corriente humana que intentaba acceder al lugar del que él trataba de huir, consiguió alcanzar la salida.

El mes de octubre, que se negaba a acercarse el otoño a Cartagena, lo recibió con una agradable brisa que acarició su rostro y, por un instante, le hizo recobrar la compostura. Anduvo unos pasos hasta llegar a un escalón que daba acceso a una oficina bancaria, y allí se sentó con la esperanza de que la pausa aliviase su malestar. Sin embargo, el edificio de enfrente, donde la luz encendida evidenciaba la actividad de Sasha, su musa sexual, le robó el último resquicio de cordura. El recuerdo de su cuerpo níveo, entregado a unos sentimientos impostados a base de euros, activó la parte del cerebro que huye de la lógica y que Marcial tan bien conocía.

La insistencia del timbre a esas horas de la madrugada la hizo dirigirse a la puerta a toda velocidad. Sasha, a pesar del continuo vaivén de hombres, siempre se había caracterizado por su discreción, así que el temor a que aquella barahúnda alertara a unos vecinos que, si bien no eran ajenos a su actividad nocturna, no tenían queja de su comportamiento, la hizo obviar su principal medida de seguridad: nunca aceptaba clientes sin cita previa. Abrió sin más, ni siquiera tuvo la precaución de averiguar por la mirilla quién era el causante de tanto alboroto, así que no supo ocultar la sorpresa:

—¡¿Qué haces aquí?! ¿Qué escándalo es este? ¿Qué quieres, que los vecinos se me echen encima?

Él la oía, pero no la escuchaba. Su acento del este de Europa embelesó todos y cada uno de sus sentidos, transportándolo a ese mundo imaginario que anhelaba y en el que tanto había divagado durante las últimas semanas.

Sasha cerró la puerta y le dio la espalda dirigiéndose al salón; él la observó impertérrito. A pesar de no llevar los tacones con los que siempre le recibía, el resto de ella permanecía inmutable: su melena negra lisa ondeaba sobre su tez pálida, dejando entrever en cada movimiento la parte trasera de un sujetador negro que, junto con el tanga a juego, remarcaban el contraste con su piel. Sus ojos, ajenos a los sentimientos, estaban clavados en el trasero redondo y prieto que se contoneaba a cada movimiento de unas largas y fibrosas piernas que la dotaban de un paso regio.

Avanzó con rapidez hasta llegar a su altura, la asió por los hombros y la volteó para ponerla de frente. Sus ojos se cargaron de odio, aun así, él dijo lo que había ido a decir:

—Te quiero, Sasha. Cásate conmigo.

—¿Qué te pasa, estás borracho? —Sasha lo miró con desprecio e intentó liberarse de las manos que apresaban sus hombros. No pudo—. ¡Suéltame!

—Vente conmigo. Puedo hacerte muy feliz. —Él apretó con más fuerza sus hombros y la atrajo hacia sí para besarla. Ella giró la cabeza.

—¿Qué haces?! Te estás pasando. Suéltame ya. —Sasha lo miró colérica y zarandeó su cuerpo como si de un cable de alta tensión se tratara, pero no pudo liberarse.

—Escúchame, Sasha. Esta no es la vida que mereces...

—¡Que me dejes, cabrón! —Sasha levantó la pierna, con inusitada violencia, y su pie impactó en los testículos de su captor, que se ovilló en el suelo.

—Pero ¿qué haces, puta?

Sasha vio en sus ojos que algo había cambiado y emprendió la huida, sin embargo, apenas pudo dar un paso: él, desde el suelo, estiró la mano hasta agarrar con firmeza su tobillo, después un violento tirón la hizo caer de bruces en el parque. Sin tiempo para que reaccionara, se abalanzó sobre sus cincuenta kilos y se colocó a horcajadas, atrapando sus escuálidos brazos bajo sus rodillas, y la desesperación actuó por él. La abofeteó con insidia. Un golpe seco que enrojeció su rostro y arrancó un alarido de una boca más acostumbrada a gemir de placer que de dolor.

—¿Qué pasa, Mar...

Los dedos abrazaron su cuello impidiendo que ella dijera un nombre que ya no quería oír salir de su boca. Le había dado su oportunidad, pero lo había ninguneado. Y eso él no podía permitirlo.

La música penetró por sus oídos deshilachando un sueño del que apenas pudo recordar nada cuando abrió los ojos. Desorientado, y con la melodía del teléfono taladrando su sien, contestó:

—Diga. —Marcial escupió la palabra con un tono de voz que evidenciaba el escaso tiempo que llevaba despierto.

—¡¿Dónde está?! —La voz de Miguel Lasaosa, el comisario, redobló en su cabeza como una explosión pirotécnica.

Esa misma pregunta se estaba haciendo precisamente Marcial desde el mismo momento en el que *Tú sin braguitas y yo sin calzones*, una magistral canción de *Forraje* con la colaboración de Kutxi Romero, redujo a jirones su descanso. No es que no supiera que el asiento que ocupaba, y donde parecía evidente que había pasado la última parte de la noche, fuese el de su Peugeot 308, simplemente no sabía ni cuándo ni cómo había llegado hasta allí. Hizo un esfuerzo por retrotraerse hasta el último recuerdo nítido de una noche que había empezado en el L'altro Peccato y en compañía de cuatro cervezas, sin embargo, su cerebro solo le permitió regresar hasta el momento en el que, sentado en un bar de La Alameda de San Antón, apuraba una de sus cervezas rodeado de una cantidad ingente de personas que rezumaban una mezcolanza de olor a sudor y colonia barata. A partir de ahí no había ni una sola imagen mental de cómo había salido del local y mucho menos de cómo había llegado hasta su coche. Giró la cabeza hacia la izquierda y ante sus ojos legañosos se recortó la silueta del edificio donde gastaba buena parte de su sueldo. Su corazón dio un vuelco: un par de coches patrulla y varios de incógnito, que él conocía a la perfección, ocupaban parte de la acera que había frente a la puerta. Fue entonces cuando en su fuero interno comprendió para qué lo llamaba el comisario.

—Estoy en casa —mintió.

—Pues levántese y venga echando hostias a La Alameda: tenemos un cuerpo.

—¿Y lo de Torre Pacheco?

Marcial y Zoe estaban estancados, desde hacía más de un mes, en el homicidio del propietario de una fábrica de ensaladas de cuarta gama. Un caso en el que el casquillo de un rifle de caza era la única pista que el asesino había dejado. Sin

móvil aparente, sin testigos y sin ningún enemigo conocido, el asesinato de Lucas Crespo se estaba convirtiendo en un verdadero quebradero de cabeza del que, sin duda, ni el inspector ni la agente tendrían ningún problema para desvincularse.

—Olvidenlo por ahora. Lo de hoy me preocupa más: una muerte en el centro de la ciudad, por mucho que sea la de una puta, genera una gran alarma social.

Las palabras de Lasaosa confirmaron el siniestro presentimiento que Marcial había augurado al ver los vehículos policiales frente al edificio de Sasha. Aunque el comisario aún no le había confirmado que se trataba de ella, la posibilidad de que otra prostituta viviera en la misma finca se le antojaba difícil.

—En dos minutos estoy allí.

Salió del coche y observó su ropa. Tras veinticuatro horas pegada a su cuerpo, impregnándose de noche, de alcohol y de sudor propio y ajeno, distaba de ser el atuendo idóneo para acudir al trabajo. Resolvió adecentarla con unas sacudidas y dejar que su chaqueta de cuero camuflase su inmundicia. Una jaqueca nauseabunda se había instalado en el centro de su cabeza y hacía que hasta la tenue luz que daba vida al nuevo día le molestase. El estómago rugía protestando por el alcohol que a esas horas de la mañana aún no había sido capaz de detoxificar un hígado con un evidente exceso de trabajo en las últimas semanas. Cuando se sobrepuso a las inclemencias corporales, observó desde lejos cómo un agente custodiaba la puerta y, a pesar de que se moría por entrar a comprobar sus sospechas, decidió esperar unos minutos para hacer más creíble su mentira frente al comisario: por muy cerca que su casa estuviera de allí, resultaría imposible justificar tanta premura. Metió las manos en los bolsillos de la cazadora y comenzó a moverse de un lado a otro como si fuese un marido esperando a que la matrona asomase por la puerta para comunicarle el nacimiento de su primogénito.

Hacía escasos meses que Marcial, fruto de la investigación más importante de su carrera policial, había descubierto que sus padres lo habían adoptado de forma ilegal, lo que había terminado por desintegrar un vínculo familiar que hacía muchos años que él había acabado convirtiendo en una mera obligación contraída por los años de convivencia. Así que, aunque no se podía considerar un experto en las relaciones interpersonales, su vínculo con Sasha sí que traspasaba la delicada barrera que, por lo común, separaba a prostituta y cliente. El hecho de que el inspector fuese una persona poco dada a los afectos, más allá del que le unía a Sola, su galga española, le había abocado a entrar progresivamente en el mundo de la prostitución para poder satisfacer unas necesidades que de otra manera le hubiesen supuesto una tarea engorrosa. En ese devenir por la lujuriosa noche cartagenera se topó con Sasha, una rumana de belleza mitológica y de carácter frío; idónea para atender sus demandas. Desde que la conoció se convirtió en su particular musa sexual y, aunque habían ido poco a poco erosionando la coraza de intimidad, nunca había traspasado la invisible barrera que dibujaba el reguero de billetes con el que sellaban sus encuentros.

Cuando consideró que el tiempo pasado era el prudencial para no despertar las sospechas del comisario, cruzó la calle en dirección al portal. No le hizo falta identificarse ante el agente. La rocambolesca historia del asesino del café había convertido a Marcial, y por ende a Zoe, en los policías más conocidos de la comisaría de Cartagena. Eso y su fuerte temperamento lo hacían ser un policía célebre muy a su pesar.

—¿Piso?

—Quinto A —respondió escueto el agente.

A Marcial no le hizo falta subir para saber que el cuerpo que teñía de muerte la atmósfera del edificio era el de su querida Sasha.